

FE DE SANTA TERESA DE JESUS

V.

La divina Verdad es verdad en sí misma sin principio ni fin; y todas las demás verdades dependen de esta Verdad, como todos los amores del divino Amor, y todas las grandezas de la divina Grandeza.

(Santa Teresa de Jesús, V., c. 40)

Vimos en el artículo anterior cómo es imposible levantar un argumento que en verdad se oponga a los dogmas que nos enseña la fe. Rayos de un mismo sol, de un mismo foco de luz la fe y la razón, o, como dice la seráfica Doctora, verdades que dependen de la suma y divina Verdad, jamás pueden andar reñidas haciéndose sombra, son más bien se prestan mutua ayuda, y hermanados en lazo amigo producen la armonía más admirable que se puede codiciar en este suelo.

Mas los enemigos de la fe cristiana tratan de desdorar a esta hija esplendente del cielo, presentándola como reñida con el ingenio. ¡Cómo si la llama venida del cielo por luminoso y vivífico rayo pudiese oscurecer a la pálida luz de una lámpara humeante! Dicen los tales que la fe aprisiona el entendimiento, corta el vuelo del ingenio, acorta la mirada penetrante del alma sublime. ¡Insensatos! ¡Cuánta malicia o ignorancia revelan en sus dichos! Desprecio o compasión tan solo merecen. La fe no acorta el vuelo del ingenio, sino que le presta alas de ángel para elevarse a un mundo mejor. La fe, que eleva al hombre a una esfera superior mostrándole nuevas verdades; la fe, que derrama torrentes de luz sobre las verdades que la razón natural enseña, purgándolas de todo error y poniéndolas al abrigo de toda duda; la fe ¿puede acortar el vuelo del ingenio? ¿Por ventura hubiese podido sin ella el ingenio humano elevarse a las alturas que se elevó en un Agustín o Tomás de Aquino? La fe rompe las cadenas que constriñen a la débil razón, y colocandola en sus manos el divino telescopio le descubre y le hace observar con purísima y tranquila mirada millones de nuevos mundos que sin su ayuda jamás hubiese podido sospechar su existencia siquiera. La fe, divino imán de las almas, que las dirige siempre al norte de la primera Verdad, que es Dios, guía con toda seguridad los pasos vacilantes del frágil y ciego mortal en el laberinto de los sistemas y opiniones varias y encontradas que le salen al paso en todas las investigaciones. ¿Qué sería del hombre sin esta guía? ¿qué de la razón sin este ayo? Y el alma humana ¿dónde hallaría holgura y descanso si esta estrella no la precediese? Como los Magos al ocultarse la estrella, habría de acudir a los doctores de la ley, y ¡ay de ella si no convinieran en mostrarle el camino recto que conduce a la verdad! Desesperada se volvería a su tierra de la incertidumbre y de la duda sin poder adorar al Hijo de Dios y descansar cabe él. ¡Bendita fe, hija del cielo! Yo te adoro y te amo con toda la efusión de un corazón agradecido. No ceses jamás de alumbrar el horizonte de nuestra vida, y en los celajes que las pasiones mal mortificadas levantan, pretendiendo enturbiar el claro cielo de nuestra inteligencia, no ceses jamás de brillar y esparcir tu luz benéfica que nos salve.

Es verdad que Dios ha dejado el mundo a las disputas de los hombres, dándoles ancho y libre campo para espaciarse y hacer uso de su libertad y de aguzar su ingenio. Mas previendo que en este anchuroso e inmenso campo de los conocimientos humanos, en este mar insondable que puede recorrer nuestra inteligencia, hay precipicios horribles, escollos innumerables donde podemos perecer, ha colocado ¡bendita tan amorosa Providencia! Ha colocado al borde de estos abismos la luz de la fe, ha encendido el faro de la revelación para que nos alumbrase y nos advierta de los peligros. ¡Cuánto no agradece un extraviado viajante en noche oscura la luz que le guía al verdadero camino! ¡Con cuánta efusión de su alma no bendice el perdido marinero en lóbrega noche cuando arrecia la tormenta el faro tranquilo que le guía con seguridad al puerto! Pues esa luz benéfica, ese esplendente faro es la fe, que no en vano compara el apóstol san Pedro a la luz que alumbraba en lugar tenebroso. ¿Y qué mayores y más densas tinieblas que las que cercan a la pobre razón humana después del pecado? ¿Qué mayores y más esplendentes rayos que los que la esclarecen elevada al mundo sobrenatural por la antorcha de la fe? Díganlo los más renombrados filósofos y pueblos de la antigüedad que sentados yacían sin la fe en las tinieblas y sombras de la muerte; y díganlo los pecadores del mar de Galilea convertidos en Apóstoles, que confundieron al mundo y a todos sus sabios por haber descendido sobre ellos e ilustrado su entendimiento la lumbre de la fe.

Mas ¿para qué cansaros buscando fuera lo que tenemos dentro, en nuestra propia casa? Santa Teresa de Jesús ¿no es una demostración evidente y por ende irrecusable de lo

que puede un alma ilustrada, elevada por la fe? ¿Quién dio a Teresa de Jesús tanta sencillez y sublimidad, tanta ternura y fortaleza, tanta sabiduría y ciencia del corazón humano, tanta, en fin, elevación y verdad en sus escritos? ¿Quién mejor que la mística Doctora comprendió y acertó a decir con método y claridad admirables los secretos arcanos, las amorosas confidencias que pasan entre el alma y Dios? ¿Quién sin lumbre de fe puede, no diremos penetrar, sino tan siquiera saludar, aún por mera curiosidad, las **Moradas** del alma? ¿Quién internarse y penetrar allí con paso seguro, si esta antorcha de la fe no le precede?

Vedla a la sencilla y humilde virgen, cual cándida paloma, cómo, merced a las luces que le presta la fe, discurre sobre las flores más exquisitas del jardín del Amado y escribe libros inmortales que leen todas las generaciones con asombro y pasmo siempre crecientes. Vedla, mujer y todo, enseñar en la Iglesia de Dios, ser la maestra de los sabios, y aclamada por todos por un prodigio de ciencia, sin que ningún doctor la haya igualado, en sentir del papa Gregorio XV, en explicar con método claro y concertado los profundos arcanos de la teología mística. ¿Por ventura a Teresa de Jesús le fue de embarazo la luz de la fe al discurrir, o mejor diremos, volar por el campo de la ciencia del espíritu? O ¿no fue ella la que le prestó todas estas gracias? ¿Qué hubiera sido Doña Teresa de Ahumada si no hubiese herido y esclarecido su grande ingenio la luz de la fe? ¡Ah! No hubiera pasado de ser una mujer vulgar, quizás funesta, como tantas por desgracia lo fueron y lo son en nuestros días.

Con la lumbre y esfuerzo de la fe es Teresa de Jesús águila caudal que domina las ruindades y bajezas de este suelo, y vuela ligera, y se eleva hasta el trono de Dios, y se pierde de vista en sus escritos sublimes: quitadle la fe, y será aquella avecita que tiene pelo malo, que se cansa y queda, arrastrándose, cual reptil venenoso, por el suelo, como ella dice con tanta gracia. (Vida c. 13)

E. DE O.

DESDE LA SOLEDAD ¡A DIOS, HIJAS MÍAS, A DIOS! PERSEVERAD

Séame al menos una vez permitido a mí, el menor de los hijos de la gran Santa, dirigirme a las jóvenes católicas hijas de María inmaculada y de santa Teresa de Jesús para felicitarles y darles la enhorabuena por la singular y privilegiada distinción que han merecido de parte del Vicario de Jesucristo el inmortal Pío IX, al elevar su humilde Asociación espiritual al rango de Archicofradía con todos los derechos, honores y preeminencias acostumbradas. Elevemos al cielo, hijas mías, por intercesión de María y Teresa de Jesús himnos de gratitud y de gloria, de bendición y acción de gracias sin cesar por tan preciosa merced, y en nuestras oraciones ocupe siempre un lugar muy preferente Pío IX y las necesidades de la Iglesia. Es propio de los amantes, y más de las hijas de Teresa de Jesús, el imitar su gratitud, ser de condición agradecida: y por cierto que no hay en este mundo quién más haya honrado a vuestra santa obra, quien la haya enriquecido de mayores y más copiosas gracias espirituales que el Vicario de Cristo, el atribulado pontífice Pío IX.

El Pontífice del Corazón de Jesús, de María Inmaculada y de san José, debía ser también el Pontífice de Teresa de Jesús, bendiciendo y honrando su obra de un modo el más solemne y glorioso, franqueándole los tesoros y gracias de que puede disponer.

“¡Dios conserve la preciosa vida del principal Bienhechor de la Archicofradía teresiana! ¡Jesús de Teresa vivifique al mejor de los Padres de las hijas de María y Teresa de Jesús! ¡María Inmaculada haga dichoso y glorioso aún en este mundo al Protector del nuevo rebaño del Carmelo! ¡San José y Teresa de Jesús le libren de las acechanzas de sus enemigos, y, antes de descender al sepulcro, le alcancen ver el triunfo de la Iglesia y su omnímoda libertad! Amén, amén”. He ahí el grito que salir debe del pecho de todas las animosas hijas de Teresa, la oración que debe brotar de continuo de su agradecido corazón.

El cielo ha dado a vuestra obra santa, destinada a regenerar el mundo, el carácter de perpetuidad. La Iglesia, que en sus cosas va siempre dirigida por el Espíritu Santo, ha puesto su sello y su aprobación solemne a vuestra amada Congregación. Y satisfechas podéis estar por cierto al ver esta bendición llovida del cielo, sin pretenderla aún vosotras, agenciándolo vuestra gran Madre Teresa de Jesús.

Mas estas distinciones, las más honrosas que el pecho cristiano puede apetecer, os imponen nuevas obligaciones, porque os recuerdan que debéis perseverar en la obra empezada, progresando cada día en el camino de la virtud, emulando las virtudes de vuestras

buenas Madres María y Teresa, en especial el espíritu de oración y el celo por los intereses de Jesús.

Para que vuestro ánimo no decaiga, quiero recordaros, y ojalá resuenen de continuo en vuestros oídos, las últimas y solemnes palabras que, según me escribe el Director de la Revista, pronunció el primer teresiano, Dr. Laporta, al despedirse de este mundo falaz, donde dejaba a sus Hijas queridas en medio de rapaces lobos, y saludar gozoso las playas eternas, los campos de flor eterna vestidos, y que forman el epígrafe de mi carta o artículo.

“A Dios, hijas mías, les repetía al besarle por última vez la mano, a Dios: perseverad”.

Dignas palabras por cierto son estas de un pecho de un padre querido, pronunciadas en el momento más solemne de la vida, las últimas que salieron de los labios del primer teresiano que aportó a las playas eternas al dar el último adiós a sus Hijas. Dignas son de estar grabadas estas palabras en el corazón de las Hijas de María y Teresa de Jesús de Calaceite, y en el de todas las demás de nuestra España, pues son palabras de amor y de aliento de un amigo, de un padre, de un celoso pastor de las almas.

Hoy sobre todo que Pío IX, por un rasgo de su corazón generoso, ha erigido en Archicofradía vuestra humilde Asociación, deben resonar de continuo a vuestros oídos, oh jóvenes católicas, para alentaros y sosteneros en la lucha que habéis emprendido contra el mundo y Satanás y contra vosotras mismas.

A Dios, hijas de la gran Teresa: perseverad.

Perseverad, sí, en hacer todos los días el cuarto de hora de oración. Perseverad en la visita semanal a María Inmaculada y Teresa de Jesús. Perseverad en la frecuencia de los santos Sacramentos: a lo menos no faltéis jamás a la Comunión mensual del Reglamento. Perseverad haciendo todos los años los santos ejercicios espirituales. Perseverad en pretender ser las primeras almas del mundo en amar a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús. Perseverad orando por los sacerdotes; perseverad convirtiendo almas a Jesús; perseverad, en fin, siendo de verdad católicas y españolas, esto es, almas reales, animosas, celadoras perfectas de los intereses de Jesús.

Todos estos frutos lograréis, y además el cielo, si nunca faltáis a hacer el cuarto de hora de oración diario. Os lo asegura en nombre de Teresa su humilde hijo y hermano vuestro

EL SOLITARIO

LA SANTA DE MI CORAZÓN

¡Benditos labios que pronunciaron tal palabra! ¡Bendito corazón el que la dictó! ¡La Santa de mi corazón! Así llama a nuestra amada santa Teresa de Jesús uno de los más sabios y virtuosos prelados de la Iglesia de nuestra España, el obispo de Ávila, Fr. Fernando Blanco, al despedirse de sus hijos, para tomar posesión del arzobispado de Valladolid. Su carta-pastoral, que es el último adiós a sus hijos, no puede leerse sin que se enternezca el alma. Allí se ve brillar el afecto paternal más santo y subido, y al oír los latidos de aquel generoso y noble corazón parece que uno está asistiendo a las escenas en que Pablo se despedía de sus hijos con lágrimas de dulcísimo ternura. ¡La Santa de mi corazón, santa Teresa de Jesús! ¿Puede darse más regalada frase para expresar el cariño más apasionado? ¡Ah, si en todos los corazones resonase esta afectuosísima expresión! Si todos los amantes de Teresa la llamasen con este nombre, ¿a cuántos corazones dormidos por Jesús y su Teresa lograríamos despertar? Porque decir la Santa de mi corazón es significar que Teresa de Jesús ocupa el preferente lugar en él; es asegurar que llena y satisface las devotas aspiraciones de nuestra alma; es decir que Teresa basta con su Jesús para mover el corazón con regalada manera a todo lo grande y perfecto; es afirmar que con la devoción a Teresa de Jesús vienen a nuestro corazón todos los bienes.

¡La Santa de mi corazón, Teresa de Jesús! ¡Ah, y cuán generoso y de levantados deseos debe de ser este corazón que se enamora de tan bellísima criatura! Si los Libros santos aseguran que los malos se hacen abominables al tenor de las cosas que aman, ¡oh, y cómo subirán de punto los quilates del amor puro y santo de aquel corazón recto que ama los objetos más dignos y santos cual es Teresa de Jesús!

¡La Santa de mi corazón! ¡Bendita Santa y bendito corazón que laten a un mismo impulso, viven de un mismo amor, y en estrecha y celestial lazada se unen en un mismo afecto santo!

Admítanos el buen Jesús de Teresa en tan estrecha amistad y celestial compañía, y séanos también lícito a cada uno de nuestros lectores, más aún, a todos los buenos españoles, exclamar con toda verdad: “No solo vos, oh excelentísimo Pastor, tenéis derecho a llamar vuestra a Teresa de Jesús, pues con mis palabras, y sobre todo con mis obras, voy acreditando que Teresa de Jesús es entre todas **la Santa de mi corazón**”.

E. DE O.

SIMPLICIDADES DE SANTA TERESA DE JESÚS

Quería nuestra incomparable Virgen que sus casas no fuesen muy grandes, sino pobrecitas en todo y chicas¹. Su máxima era la casa chica, el huerto grande donde hubiese campo y ermitas para apartarse a orar. ¿Y por qué diríais vosotros, mis queridos lectores, que los quería así santa Teresa?

¿Acaso sería porque ella, amadora con tanto extremo de la humildad y pobreza, quería que las casas de sus hijas mostrasen claramente que en ellas se albergaban estas tan excelentes virtudes?

¿O sería porque habiendo de ser pocas en cada convento sus hijas, era excusado emplear un lugar excesivo?

¿O tal vez las quería así por no gastar tanto?

¿O quizá porque así hubo de antojársele a la grande Fundadora?

Pues nada de eso precisamente, mis amados lectores.

Teresa de Jesús lo quería así porque... Digámoslo con sus propias palabras: "... Hacer mucho ruido al caerse (la casa) de doce pobrecillas, no es bien; que los pobres nunca hacen ruido". "Siempre se acuerden (añade la Santa) se ha de caer todo el día del juicio".

¡Qué recuerdo! ¡qué imagen! ¡qué alteza de pensamiento! ¡qué levantado mirar no se acierta a descubrir en el fondo de esas, al parecer, ligeras palabras!

No hay para qué ocultarlo. Ellas forman unas de las simplicidades de santa Teresa que nosotros vamos recogiendo y estudiando en sus obras, seguros de encontrar allí riquísimos veneros de sabiduría, de ternura o belleza, o de todas las cosas a la vez.

¿A quién se le antojó jamás pensar en el ruido que hará al caer, el día del juicio, la casa que está edificando?

Y sin embargo ese ruido que dice Teresa, sin quererlo, le hace a uno pensar seriamente.

Por él impresionado, imagínome yo asistir a aquella suprema catástrofe que ha de poner temor y espanto en los más fuertes y animosos corazones.

A las tremendas iras del mar, irritado por el soplido de Dios que pasa, oigo que responde la temerosa tempestad de los aires, y la tierra no se olvida tampoco de tomar parte en esta última tragedia de los siglos.

La tierra parece tambalear como presa de espantoso vértigo.

Por los altos aires veo volar preciosos y dorados capiteles, colosales estatuas, cúpulas brillantes, que con pavoroso estrépito caen al suelo, convertidas en menudos pedazos.

El orgulloso príncipe, el poderoso rey que levantó ese, antes suntuoso, palacio, no pensó, no, en el ruido que haría al desplomarse este día terrible.

Allá percibo sonar como un gran trueno, alzándose enseguida negra nube de polvo.

Se ha desplomado el riquísimo edificio que un pueblo sensual erigió a la voluptuosidad y al placer.

No, tampoco pensó en el ruido que ha hecho, al caer, su teatro, aquel pueblo aturdido y embriagado por el vino de los deleites.

¡Dios santo! ¿qué es ese largo y espantable estruendo que logra apagar todos los demás ruidos?

Se ha derrumbado el invencible castillo donde parecían posarse las nubes, y sólo son un montón de polvo y de ruinas las altísimas fortalezas y muros inaccesibles que la altivez de un príncipe construyó para domeñar acaso a su pueblo.

Tampoco pensó ese príncipe en el ruido que ha hecho, al caer por los suelos, tanta altivez y grandeza.

¹ Camino de perfección, cap. II

¿Pero oís?... ¿qué no oís nada, me estáis diciendo, por más que prestéis atento oído?

Pues también cae aunque no lo oigáis, porque cae, pero sin gran ruido, casi en silencio, por su propio peso, un palomarcito de la Virgen, un convento de Religiosas que allá fundó santa Teresa de Jesús.

Mirad cómo se va desplomando el humilde edificio. Como no tienen las paredes grandes ni costosos sillares, antes son de tapia la mayor parte, ni son muy altas que digamos, se van deshaciendo, deshaciendo naturalmente y apenas sin ruido.

Esta destrucción, esta muerte tiene el sosiego, la tranquilidad, la paz de una muerte de Santo.

Es que fueron santos los pensamientos que tuvo la santa Fundadora al construir este santo edificio.

Es que pensó en el ruido que haría en este día terrible del Juicio final, y no quiso que fuese su casa sino "pobrecita y chica", como dice graciosamente.

¡Ay mis queridos lectores, y qué otros serían los edificios que levantamos, esto es, todas las obras que hacemos, si nos acordásemos siempre de este último y más pavoroso de los ruidos, que santa Teresa nos recuerda!

¡Cómo todas nuestras obras estarían entonces fundadas sobre la base de la humildad, y, al caer en el último de los días, no vendrían a descubrir con su estrépito nuestra fatuidad y orgullo!

Mas ¡ay de aquellos que habiten entonces suntuosos edificios! Envueltos en sus ruinas, hallarán su ignominia y su muerte en lo que más lisonjeó su vanidad y acrecentó su orgullo.

Atención, pues, lectores queridos, al ruido que han de hacer el último día las obras que hagáis.

A fundar, sí, a trabajar, a obrar sin descanso; pero pensando también en el ruido que harán, al caer, nuestros edificios el día del Juicio.

Ese ruido apagará en vuestra alma el eco de los ruidos del mundo y despertará en el fondo de vuestro corazón el recuerdo de los eternos e inefables conciertos del Paraíso.- X.

AFICIONES DE SANTA TERESA DE JESÚS

I

Conocerla y no amar a Teresa de Jesús es imposible. (A.)

Queremos enamorar a todo el mundo de Teresa de Jesús, la Amada de nuestra alma, y para lograr fin tan alto basta y sobra presentarla tal cual es el alma hermosa de la graciosa Castellana y encantadora Avilesa. De Teresa de Jesús se puede asegurar lo que de la hermosura: verla y no amarla es imposible. Conocer y no amar, y no con remiso amor, sino con apasionado afecto a la gran Teresa de Jesús, es imposible. Porque todo en ella es amable. Hasta en las faltas y pecadillos que ella cuenta con tanta humildad se nos hace amable y admirable; ¿qué harán sus virtudes heroicas? Por eso todo nuestro afán es dar a conocer a la gran Santa, estudiarla bajo todos los aspectos, penetrando sobre todo y sorprendiendo los delicados tonos y matices de su abrasado corazón de serafín. Las simplicidades santas que de la graciosa Castellana vamos recogiendo, alguna idea dan del candor de su alma, de lo puro e inocente de sus afectos. Mas no bastan, a nuestro entender, para descubrir toda su belleza y toda la secreta y sublime delicadeza que atesora, pues son como las hojas de esta agraciada flor. Queremos adivinar, sorprender, descubrir, sobre todo, las aficiones de esta alma grande, para que poco a poco rectifiquemos las nuestras, rastreras y baladíes casi siempre, a vista de tan bellísimo y acabado modelo. ¡Oh, si todos los corazones de los católicos y sobre todo de los españoles, se aficionasen por lo que santa Teresa de Jesús se aficionó, suspirasen por lo que ella suspiró, amasen lo que ella amó! ¡cuán presto España y los católicos todos revestirían su corazón de los afectos de Jesús, como nos manda el Apóstol, deponiendo el hombre viejo con sus vicios y feas concupiscencias! Mas ¡ay! Que el mundo se pierde por no tener a menudo modelos perfectos que imitar.

En cambio los tiene defectuosos que le atizan sus aficiones desordenadas. ¡Pobre mundo! ¡pobres corazones! ¡cómo os corrompéis y emponzoñáis! Mas ¡cuánto no se reformaría nuestro corazón si sólo viese buenas aficiones! ¡Cuán presto suspiraríamos tan solo por lo bueno, por lo noble, por lo santo! Si la lectura de los escritos de Teresa esto tiene de excelente,

como dice la Iglesia, que excita el alma a desear grandes cosas santas, a suspirar por el cielo, ¡cuánta mayor virtud y eficacia habrán sus obras, la consideración de sus hechos, de las aficiones de su alma! Hoy que a gran gloria se tiene presentar a plaza pública los crímenes más nefandos, las pasiones más bastardas, los afectos más infames, séannos también permitido tantear por alzar un poquito el sacro velo que cubre las secretísimas y purísimas aficiones de un alma bellísima, de un corazón de serafín, para desagaviar al Señor y aplicar el remedio allí mismo donde más honda herida se descubre, más asquerosa llaga el mal ha abierto.

Con esto además nuestro corazón sacará un grandísimo provecho al intentar hacerlo a los demás. Y es que prescindiendo de la gratitud que mereceremos al Corazón de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús ¡benditos Corazones en todo tan semejantes! A medida que avancemos en el estudio y descubrimiento de las aficiones purísimas y delicadas del corazón de Teresa, se enamorará más fuertemente nuestro corazón de la belleza de nuestra amada Heroína, y así latirá a sus impulsos, será feliz con la felicidad de Dios, purgado de aficiones terrenas o malas.

Ojalá nos suceda lo que al inimitable pintor Apeles, que al hacer por encargo del gran Alejandro el retrato de una persona a quien éste amaba, considerando muy despacio su belleza, a medida que iba copiando sus perfecciones en el lienzo iba grabando el amor en su corazón, tanto, que llegó a estar tan apasionado por ella, que conociéndolo Alejandro se la dio por esposa, privándose de lo que más amaba en el mundo por complacerle. A este modo pienso, lector amado, diremos, aunque no con tanta razón como el dulcísimo san Francisco de Sales, que habiéndonos escogido Su Divina Majestad para hacer amar a su querida esposa Teresa de Jesús, quiere que pintemos en los corazones de sus devotos las aficiones y perfecciones de esta alma sobremanera bella; y lo emprendemos con gran complacencia, así por cumplir la voluntad expresa del Señor Jesús, que quiere sea de todo el mundo conocida y honrada su amada esposa Teresa, como por la esperanza que tenemos de que al grabarla en el alma de los otros, quizás la nuestra quedará santamente enamorada; y estemos ciertos que si Jesús de Teresa llega a vernos vivamente prendados de las aficiones puras de su Teresa, nos las dará en eterno desposorio.

E. de O.

A LOS DIRECTORES Y JUNTA DE GOBIERNO

De la Archicofradía de jóvenes católicas hijas de María Inmaculada y de Teresa de Jesús.

VIVA JESÚS DE TERESA SIEMPRE EN NUESTROS CORAZONES.

Nuestra querida Asociación, amados hermanos en Jesús de Teresa, acaba de recibir el sello de autoridad que la caracteriza entre las más benéficas instituciones brotadas al calor del celo por la gloria de Dios y salvación de las almas. El santo pontífice, que ratifica en la tierra las bendiciones del cielo, ha levantado otra vez su mano generosa para derramar de lleno sobre ella los ricos tesoros de su celestial caridad. Sin formular solicitud por nuestra parte, por creerlo demasiado grande en nuestra humildad y por no creer llegada todavía la hora, a pesar de las infinitas ansias con que lo acariciaba nuestro corazón, hemos recibido el magnífico Breve cuya copia acompañamos, que eleva nuestra humilde Asociación Teresiana a Archicofradía primaria con todos los honres, derechos, prerrogativas y preeminencias acostumbradas, y con la facultad de comunicar perpetuamente las indulgencias con que nos ha enriquecido a todas las congregaciones del mismo nombre y reglamento que se establezcan en España y comuniquen con la primaria de Tortosa. No cabe duda que una vez más ha mediado en el asunto la mano de la gran bullidora de negocios, de nuestra santa Teresa de Jesús. ¡Bendita Santa y bendito Pontífice que así se complacen en alentarnos a trabajar con celo siempre creciente por promover los intereses de Jesús de Teresa, que son los mismos de Teresa de Jesús!

Fecunda en bendiciones y rica en gracias del cielo, nuestra queridísima Congregación está de hoy más destinada a ser el arca salvadora en el universal naufragio que amenaza anegar las más preciosas y lozanas flores del jardín del Amador de las almas. Nuestra juventud querida hallará dulce solaz y contentamiento grande en ese oasis santo, que se les ofrece en medio de los inmensos arenales de las áridas regiones de la inteligencia, del sentimiento y del amor.

Esta nueva gracia de la munificencia de un Pontífice amado, al par que inunda nuestras almas de un santo gozo, llena de pura gratitud nuestros corazones. Teresa, de condición agradecida, no se cansaba de predicar a sus Hijas y de recomendar en sus escritos la gratitud por los beneficios recibidos, como altísima virtud de almas fuertes y magnánimas, y medio el más eficaz para recabar otras mayores. Celadores nosotros de sus intereses y fieles depositarios de su buen nombre, al regocijarnos santamente por la merced alcanzada, agradezcamos la dádiva santa en nombre de nuestra Madre, que la acepta a la vez desde el cielo. Con este motivo os suplicamos, amados hermanos en Jesús de Teresa, no os olvidéis de dirigir fervientes súplicas a la Santa para que recompense al Pontífice que tanto le ama y tanto se desvela por engrandecer y magnificar sus glorias. A este fin, muy laudable sería que todas las Hijas de María y Teresa de Jesús ofreciesen una Comunión por las intenciones y necesidades de nuestro teresiano Pontífice Pío IX, acompañando un pequeño óbolo para socorrer su pobreza, según su posibilidad, pues nuestro muy amado Padre no sólo gime en estrecho cautiverio, sí que también está pobre, despojado de todos sus bienes por hijos ingratos.

Hagamos que las jóvenes católicas se agrupen en torno de la Cátedra infalible de Pedro; que conozcan y amen al Vicario de Cristo Jesús con entrañable cariño, pues quien no está unido a esta Cátedra santa con vínculos de fe y de amor perecerá irremisiblemente. Fuera de la Iglesia católica no hay salvación; fuera de la obediencia a las enseñanzas de la Cabeza de la Iglesia no hay sino error y perdición eterna. Por ello dice el ilustre Faber que es señal de predestinación la devoción al Papa, Vicario de Cristo sobre la tierra.

Al ser elevada a Archicofradía nuestra humilde Asociación, nuevos títulos de confraternidad vienen a estrechar nuestras almas y fundir nuestros corazones en iguales aspiraciones y santos deseos. De aquí ha nacido la idea entre algunos de los más celosos Directores de dar una expresión de caridad mutua a esos títulos de estimación. Sobre el sepulcro todavía caliente del Dr. Domingo Laporta, Director de la Congregación en Calaceite, hemos meditado un proyecto que sometemos a la aprobación de todos los directores locales. Tratase de crear una **Hermandad de mutuas oraciones y sacrificios** entre todos los Directores y Vice-Directoras de la Archicofradía, celebrando a este fin una misa por cada uno que vaya muriendo en lo sucesivo. Su nombre publicado en la **Revista teresiana** con una corta necrología recordará a todos el cumplimiento de tan santo y fraternal deber. Esperamos que este proyecto encontrará favorable y grata acogida en el santo compañerismo de nuestros amados consocios, y que nos avisarán si están conformes con él. Gracias a esta confraternidad, el alma del amigo, del hermano teresiano atravesará los umbrales de la eternidad acompañado de preciosos sufragios que harán violencia dulce a la misericordia del Señor para poner su alma luego en brazos de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús.

Véase ahora el magnífico Breve de que hemos hecho mención:

PIUS PP.IX.

Ad Perpetuam Rei Memoriam. Expositum Nobis est piam Puellarum Sodalitatem ab Inmaculata Beatae Mariae Virginis Conceptione et a S. Theresia de Jesu in Dioec. Derthusen. Canonice erectam, spiritualibusque gratis per Nos ditatam, benedicente Domino, adeo esse propagatam, ut cadem in pluribus Hispaniarum Dioecesibus vigueta, uberesque pietatis fructus producta. Hinc ad majorem Dei gloriam, et ad hujusce Sodalitii decís et incrementum, ab ejusdem Sodalitii institutore et moderatore supplicatum Nobis est, ut illud Archisodalitii nomine et privilegiis honestare ac augere velimus. Nos igitur hujusmodi votis obsecundare, omnesque et cingulos, quibus hae Litterae Nostrae favent, peculiari prosequi beneficencia volentes, et a quibusvis excommunicationis et interdicto, aliisque ecclesiasticis sententiis, censuris et poenis quovis modo velquavis de causa latis, quas si forte incurrerint, humus tantum rei gratia absolventes, ac absolutos fore censentes Sodalitatem praedictamin Civis. Vei Dioecs. Derthusen. Canonica institutam in Archiconfraternitatem cum ómnibus juribus, honoribus, praerogativis, ac praeeminentiis solitis et consuetis, Apostolica auctoritate Nostra, tenore praesentium, perpetuo erigimos atque instituimos. Praeterea Archiconfraternitatis erecte Moderator pro tempore, ut alias ejusdem nominis atque instituti Sodalitatis, ubique in Regno Hispaniarum existentes, et canonice erectas, eidem Archiconfraternitati, servatos tamen forma Constitutionis fel. Rec. Clementes VIII Praedecessoris Nostri, ceterisque Apostolicis Ordinationibus desuper editis; aggregare, illisque omnes et singular Indulgentias, peccatorum remissiones, ac proenitentiarum relaxationes, ipsi Sodalitatis in Archisodalitatem a Nobis erectae ab Apostolica Sede concessas, quae tamen communicabiles sint, communicare libere liciteque possit et valeat, Apostolica item auctoritate Nostra, hisce Litteris, perpetuum in modum, pariter concedimos atque indulgemus. Decernentes has Literas Nostras firmas, validas, et efficaces subsistere et fore, suosque plenarios et integros effectus sortiri et obtinere,

illisque, ad quos spectat, ac pro tempore spectabit, in ómnibus et per omnia plenissime suffragari, sicque in praemissis per quoscumque Indices, et delegatos etiam causarum Palatii Apostolici Auditores judicari et definiri debere, atque irritum et inane, si secus super his a quoquam quavis auctoritate scienter vel ignoranter contigerit attentari. Non obstantibus Constitutionibus et Sanctionibus Apostolicis, et, quatenus opus sit, praefatae Sodalitatis, aliisque quibusvis etiam juramento, confirmatione Apostolica, vel quavis firmitate alia roboratis Statutis et consuetudinibus, privilegiis quoque, indultis, et Litteris Apostolicis, in contrarium praemissorum quomodolibet concessis, confirmatis, et innovatis, quibus omnibus et singulis, allorum tenores praesentibus pro plene et sufficienter expressis, ac de verbo al verbum insertis habentes, illis alias in suo robore permansuris, ac praemissorum effectum hac vice dumtaxat specialiter et expresse derogamus, ceterisque contrariis quibuscumque. Datum Romae apud S. Petrum sub Annulo Piscatoris die XVII Decembris MDCCCLXXV Pontificatus Nostri anno trigesimo.

Lugar del sello J. Card. Asquinius.
Concuerta fielmente con el original que obra en mi poder.
Tortosa 9 de marzo e 1876.

ENRIQUE DE OSSO, Pbro.

Pío IX concediendo cuatro Comuniones al mes, además de las que prescriben las Constituciones, a todas las Carmelitas Descalzas de España.

Acabamos de recibir copia autenticada del Decreto apostólico en que Pío Papa IX concede a todas las monjas Carmelitas Descalzas de nuestra España la gracia de comulgar cuatro veces al mes a juicio y con la aprobación de su confesor, además de los días que pueden hacerlo según sus Constituciones. El P. Pascual de Jesús María, Comisario apostólico y procurador general de Carmelitas Descalzos de España en Roma, en su celo por el bien y provecho espiritual de sus hermanos, es quien ha solicitado y obtenido de Su Santidad tan preciosa gracia. Lo ponemos en conocimiento de nuestros lectores, para que por este medio llegue a noticia de todos los interesados a quienes puede convenir beneficiar esta gracia tan estimable. En tiempos que toda la multitud corre tras Lucifer, apartándose, abandonando a Jesús, es muy digno de imitar tan bello ejemplo, emulando el ejemplo de la gran Teresa de Jesús todas las almas, procurando unirse a su Jesús cada día en el Sacramento de su amor, para que sea su fortaleza y su consuelo en medio de los grandes peligros que nos cercan

En el próximo número daremos textual el Decreto que la abundancia de originales atrasados nos impide dar hoy.

E. DE O.

CRÓNICA RELIGIOSA

Insertamos con sumo gusto la relación de los santos Ejercicios que se nos remite de Peñíscola. La nubecilla que tantas gracias derramó sobre Benicarló, verdaderamente, según nuestro vaticinio, se convirtió en nube grandísima al trasladarse a Peñíscola, si hemos de juzgar por la abundancia de gracias que allí derramó el Señor durante siete días. Ya al divisar los robustos muros de esta antiquísima ciudad coronados de multitud de gentes ávidas de nuestra llegada, nuestro corazón concibió las más dulces esperanzas de éxito de nuestra pequeña misión. Esperanzas que se robustecieron más y más cuando al apearnos de la tartana nos vimos rodeados de una multitud de pequeñas Teresianas, que nos besaban con efusión la mano, y nos saludaban como si siempre nos hubiésemos visto y conocido, quejándose sentidamente por la tardanza de nuestra llegada. “¡oh cuánto deseábamos verlos entre nosotros! Un año nos parecía cada día que pasaba. Gracias a María Inmaculada y Teresa de Jesús, que vamos a empezar hoy los santos Ejercicios”. Tantas ansias debía premiarlas el Señor. Y por cierto que en ninguna parte Teresa de Jesús se ha acreditado mejor de gran bullidora de negocios y de corazones. Mejor que nuestras palabras se lo persuadirá a nuestros lectores la siguiente carta que nos remite un amigo nuestro muy querido. Dice así:

Señor Director de la **Revista Teresiana**:

No por V., señor Director de la Revista, que lo fue también de estos santos Ejercicios, con los celosos sacerdotes señor Cura de Uldecona, Rdo. Señor Prior de Mora de Ebro, y Agustín Ferré, y por consiguiente mejor que yo saben las bendiciones que el Señor derramó sobre la naciente Asociación Teresiana de Peñíscola, sino para estímulo y consuelo de otros pueblos, voy a hacer un sencillo relato de estos días de bendición, como V. me encargó, para que venga a conocimiento de los lectores de su Revista. Los últimos días del año 75 han dejado recuerdos tan santos y agradables, que jamás se borrarán de la memoria de estos mis queridos fieles. Por la entusiasta acogida que se les hizo al pisar este admirable peñón de granito, pudieron conocer que así como se distingue en las obras de la naturaleza por ser un prodigio, también Teresa de Jesús se había de acreditar de un modo extraordinario. El lleno que tuvo la iglesia espaciosa el primer día, pudo confirmarles en este juicio. No sólo las doscientas jóvenes católicas hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús, sino sus madres y sus padres, y hasta sus hermanitos también, congregantes en su mayor parte de san Luis Gonzaga, asistieron en gran número a los actos de mañana y tarde, en que se trataron las verdades eternas más importantes de nuestra Religión.

Uno de los actos más tiernos de estos días fue el de la víspera de la Comunión por la noche. Expuesto Jesús sacramentado a las miradas de amor y veneración de un inmenso gentío, purificadas sus almas ya con el sacramento de la Penitencia, recibía actos de desagravios y alabanzas perfectas por salir de la boca de un coro de tiernecitas niñas aspirantes a teresianas que aclamaban: **Viva Jesús**, respondiendo otro coro de inocentes niñas: **Muera el pecado**, continuando un sacerdote con el pueblo: **Sea por siempre alabado nuestro querido Jesús sacramentado**. ¡Oh qué música tan suave hería los oídos y el corazón de Cristo este cantar santo, salido de corazones inocentes o arrepentidos!

Al día siguiente, primer día de año nuevo, acercáronse a la Comunión, que se dio en la Misa mayor, unas cuatrocientas personas, después de haber predicado el joven Pbro. D. Agustín Ferrer trazando a grandes rasgos las excelencias de nuestra incomparable Heroína santa Teresa de Jesús, llegando a enternecer y entusiasmar al numeroso auditorio. Cantose luego un solemne **Te Deum** en acción de gracias, al que asistió el ilustre Ayuntamiento. Por la tarde se hizo solemne función predicando el Rdo. Prior de Mora.

Pero la función más tierna, edificante y conmovedora fue la del día siguiente, 2 de enero, por la tarde. Reunidos en la iglesia tres coros de niñas aspirantes a teresianas que tienen también su hermana y vice-hermana mayor y secretaria, las cuales se juntan para hacer el cuarto de hora de oración leyéndolo en voz alta una de ellas, se organizó una solemne y devotísima procesión. Precedíanla con pendones san José, y san Luis los niños que aún no comulgaban y los Congregantes de san Luis en número que no bajaba de 120. Seguían luego las teresianas aspirantes que aún no comulgan, con los pendones del Ángel de la guarda, santa Teresa de Jesús y María Inmaculada, y las doscientas teresianas luego, cerrando la procesión el Cura párroco con capa pluvial llevando una hermosa imagen del Niño Jesús, y el magnífico Ayuntamiento en corporación con un sin número de mujeres, madres de familia en su mayor parte. Puesta en marcha la procesión, empezó un coro de niños a cantar una hermosa Letanía a la Virgen, contestando otro coro de niñas y respondiendo el pueblo **ora pro nobis**. Cuatro sacerdotes convenientemente distribuidos cuidaban del orden de la procesión. ¿Pero a dónde se dirige subiendo por aquellas empinadas calles tan numerosa y devota comitiva? ¡Ah! El imán de las almas, María Inmaculada, estrella del mar, tiene en Peñíscola, en lo más alto de tan antiquísimo peñón, pegado al célebre castillo que habitó el Cardenal Luna con el nombre de Benedicto XIII, Arca de Noé, un rico y espacioso santuario donde se venera una milagrosa imagen con el título de Nuestra Señora la Ermitana, la que según tradición popular es una de las que el apóstol Santiago dejó en España al venir a ella. Aquí subió la procesión a dar y pedir gracias y sobre todo la perseverancia final a Jesús por mediación de la que es Madre de la divina gracia, María. A duras penas pudo abrirse paso la infantil muchedumbre por la iglesia que habían llenado los hombres y devotas mujeres. ¡Dios mío! ¡Qué escena tan conmovedora presenció entonces nuestro corazón! Cantaban aquellas doscientas voces argentinas a voz en cuello: **La Virgen María es nuestra protectora, etc.**, con el tono de la marcha Real, apiñados alrededor de la veneranda imagen de María, alternando un versículo de la Letanía lauretana, o una estrofa del himno de Pío noveno: "María a vuestro trono- se eleva nuestra voz-; salvad a Pío noveno,- rogad por él a Dios". El templo parecía hundirse al resonar con tanto entusiasmo en él tan hermosas y fervientes plegarias. Baste decir que a media legua de distancia los montes vecinos resonaban y modulaban estas plegarias para con su eco reforzar estas voces y hacer mayor violencia al cielo. Rezose el santo Rosario, cantose el **Ave maris stella**, y luego el Director de los Ejercicios Rdo. Enrique

de Ossó predicoles de la perseverancia. ¡Cuántas lágrimas de ternura, de amor y de dolor hizo brotar con su ardiente e insinuante palabra del corazón de aquella apiñada multitud! **¡Bonum est nos hic esse!** Exclamaba, recordando otra escena mejor. ¡Bien estamos aquí! Habéis exclamado en los días de Ejercicios y hoy a los pies de María, de Jesús, de san José y de santa Teresa de Jesús. Mas preciso es marchar, volver otra vez a las faenas ordinarias. La navecilla de nuestra alma, carenada en estos días de retiro y cargada de ricas mercancías de virtud y gracia, debe abandonar el puerto y entrar otra vez en plena mar. ¡Pobre navecilla! ¡Cuántos piratas te aguardan para robarte tus riquezas! ¡cuántos escollos, cuántas tempestades te saldrán al paso para hundirte en los abismos! Más no temas. Mira a la Estrella del mar, invoca a María, y aportarás felizmente a las playas eternas, victoriosa siempre de todos tus enemigos. Guarda el lastre del temor de Dios, extiende las velas de tu corazón a grandes deseos, sé generosa con Dios, y no temas. La oración y el celo por los intereses de Jesús henchirán estas velas, y volará surcando felizmente el mar proceloso de la vida. Qué, ¿no sabes manejar estas velas? Teresa de Jesús tu Maestra te enseñará a manejarlas con destreza, y el divino piloto Cristo Jesús ayudado de su ayo san José te guiará con toda seguridad entre mil peligros al puerto de salvación. No temas con tan divinos protectores y maestros. No sufrirá naufragio, no se estrellará tu barquilla mientras no arrojes voluntariamente tan celestial compañía. El mundo con sus amores, el demonio con sus terrores, tu misma inconstancia y fragilidad levantarán furiosas olas que amagarán sumergirte. Mas nada te turbe, nada te espante; pasarán esas tempestades, porque todo se pasa; pero Dios, que es tu fortaleza, no se muda jamás; ten paciencia, que todo lo alcanza. No temas, que a quien a Dios tiene nada le falta: sólo Dios basta... Y el rumor de las olas del mar embravecido, que en aquellos momentos azotaban fuertemente el peñón que casi circuyen por todas partes, hacían más imponente esta conmovedora escena.

Dio las gracias el orador a los padres que en aquellos días habían permitido a sus hijas acudir al templo, al ilustre Ayuntamiento que estaba dando pruebas tan altas de su religiosidad, y animó a todos a la devoción de Jesús, María, José y Teresa de Jesús, encargándoles la práctica del cuarto de hora de oración, y se terminó con la plegaria a santa Teresa y adoración de la bella imagen del Niño Jesús, entregando a todas las teresianas un recuerdo de los santos Ejercicios, o sea una regla de vida o propósitos. Haga María Inmaculada que ninguna de estas navecillas zozobren; guárdelas Teresa de Jesús en el amor y temor de Dios, y después de ser santas aquí en la tierra sosteniendo muy alta la enseña honrosa de María y Teresa de Jesús, lleguen en toda felicidad al puerto de salud donde eterno es el gozar. Amén.

Peñíscola 15 enero de 1875

Dr. COSTAS, Cura.

VIAJE TERESIANO

CUARTA CARTA

(Conclusión)

Apenas si se resolvía a apartarse de este sitio el corazón palpitante, pero era preciso seguir al Padre, que nos guiaba hacia el altar mayor, alumbrado escasamente por una lámpara solitaria. Como ya se lo avisó a Teresa, esta luz perpetua y misteriosa nos avisa la presencia de Jesús en el mismo tabernáculo donde le adoro la Santa por espacio de tantos años. ¡Qué bienestar y dulzuras tan nuevas experimentaba el alma, hablando secretamente al buen Jesús de Teresa, con quien, a la sombra de aquel mismo tabernáculo, al vacilante fulgor de la misma lámpara, bajo aquellas mismas bóvedas, la Santa tuvo coloquios tan inefables! Contemplando de paso el retablo del altar mayor, dedicado al misterio de la Encarnación representado en un relieve, el Padre nos guió hacia la izquierda, y, atravesando un ancho pasadizo, llegamos a una espaciosa y bellísima capilla. “La tierra que pisas es santa”², leímos en una lápida del pavimento. Y era verdad. Estábamos en lo que fue **celda** de la santa Madre. ¿Les podré decir yo ahora todo lo que sintió nuestro corazón al hallarnos en este sitio? ¿Cómo poder explicar la sabrosa fruición que se apoderó de todo mi ser? Allí sentíamos... ¡a Teresa de Jesús! ¡Aquel recinto estaba lleno de su espíritu! Nuestras almas parecían sentirse felices en toda su

² Palabras que oyó una sirvienta del convento al barrer este lugar.

plenitud. "Por allí (nos decía el Padre, señalándonos con la mano como a la mitad de la pared de la izquierda de la capilla), por allí entraba la santa Madre en su celda..." ¡Sombra querida, alma celestial, sin igual criatura, Teresa de Jesús! (exclamé yo interiormente, postrado en una grada del altar). Tú que como aparición gloriosa cruzaste por este sitio dejándolo embalsamado con los suavísimos perfumes de tus celestes alas; tú que aquí viviste vida de sacrificio y amor; tú que de imperecedera gloria esclareciste y bañaste este recinto... desciende en espíritu sobre nuestras almas, que, sedientas de tu amor, a abrevarse han venido en el raudal copioso que aquí debe de fluir todavía en ondas sin ruido...- Esto estaba mi corazón suspirando, cuando, a través de las sombras, vienen a herir nuestros oídos unos sonidos dulces y melodiosos que sólo sirven para dar nuevo y regalado pasto a los sentimientos que saborea mi alma. Son las Religiosas, que cantan al órgano ese poético y melancólico cántico a la Virgen, que se llama la **Salve**. Fácil cosa era al corazón (que no discurre), ya que sólo de Teresa acertaba a sentir entonces, imaginarse percibir entre aquellas suevas y concertadas voces de las Religiosas la misma voz de Teresa que allí hubo de sonar tantas veces. ¿Qué digo yo la voz? Su mismo espíritu parecióme como flotar entre aquellos sonidos, para venir a posar sobre nosotros, como si la Santa hubiese escuchado la plegaria de mi alma. ¡Si fuese esto algo más que una de las más bellas y santas ilusiones! Acariciados dulcemente por aquel precioso cántico, empezamos a salir de la capilla, que todavía no les he dicho qué es lo que tiene más de particular. El altar mayor lo forma como un muy elegante templete piramidal, tallado en una madera preciosísima. ¿Qué tiene que ver el ébano, el marfil y el sándalo? Todo él está formado de la madera que había en la celda de la Santa. Además, hay otros dos altares laterales bastante bonitos. La fábrica es bella y esbelta cuanto cabe. Se respira allí como un cierto aire de fiesta y de alegría que hace recordar el fino y delicioso buen humor de la Santa. Mientras salíamos de la expresada capilla, el Padre nos decía que dentro del claustro se conserva y se venera por las Religiosas la otra celda donde vivió la Santa como simple religiosa. Hoy está convertida en una capillita, a la que llaman las Religiosas **el maravedí**. En la parte interior (nos contaba el Padre), donde apenas entra persona alguna, a no ser por un raro privilegio, puede verse todavía el pavimento enrojecido con la sangre de Teresa, ya sea causada por la transverberación (pues se sabe que fue trasverberada muchas veces), ya sea por sus grandes penitencias. ¡Quién pudiera ver aquello, me decía yo mismo, y se dirán Vds. sin duda! Pero callen Vds., que nuestro deseo va a quedar satisfecho, en parte a lo menos. ¿Cómo? Una buena alma de esas que tienen la envidiable dicha de visitar todos los días tan preciosa celda y dar las buenas noches a su Madre santa Teresa antes de acostarse (pues tienen esta tierna costumbre las Religiosas); una de esas almas interiores... ¿saben Vds. lo que hará?... Tocaré una porción de estampitas en la sangre de la Santa, que dicen se conserva tan viva como si hace poco hubiese caído, y... ya han leído Vds. todo mi pensamiento... También va a tocarles a Vds. alguna de esas estampitas que yo tomaré sin andarme con melindres. Concluían las Religiosas de cantar la **Salve**, cuando nos hemos salido de la iglesia y era ya muy tardecito cuando hemos tomado el camino de la ciudad, cuyos antiquísimos muros, coronados de soberbias almenas orladas a su vez de calados festones, se ofrecieron a nuestros ojos con todo su aspecto guerrero e imponente.

Pero después de ese día hemos querido ir otra vez a la Encarnación, pues, naturalmente, queríamos ofrecernos a las Madres y ver todo lo demás que buenamente pudiésemos. Ha sido esta mañana cuando hemos ido allá, y les digo a Vds. que hemos quedado completamente satisfechos. Hemos celebrado misa en la **celda** de santa Teresa con el mismo cáliz (¡tengan Vds. envidia!) del mismo san Juan de la Cruz. Después nos hemos entretenido un poco contemplando aquellos altares, pasando luego al locutorio a desayunarnos. Aquellas buenas Madres crean Vds. que nos han obsequiado y atendido demasiado, sintiendo que pasase tan pronto el rato que hemos podido dedicarles. Ya se ve. Colgado de nuestro bordón de peregrino han visto el noble escudo de la que fue hermana y Madre suya, y ¿qué habrían de hacer sino tratarnos como a hermanos? Enseguida se han apresurado a sacarnos las reliquias que tienen de la Santa, a saber, una toalla, que se dice fue hecha por santa Teresa; la llave de su misma celda; una toca de la misma Santa, y finalmente un crucifijo que llevaba ella en sus fundaciones. Demás de esto, hemos visto también una imagen de Jesús, dibujada por san Juan de la Cruz, en la misma forma que el Señor le dio a entender en la oración.- ¿Y el Parlero? Me preguntarán Vds.- ¡Vaya si le hemos visto! Una Religiosa nos le ha sacado a una reja, dándonos a entender, por las sencillas y amorosas finezas que le hacía, en cuánto estiman aquella piadosa imagen que allí trajo y dejó santa Teresa. Y no lo duden Vds., vimos también cómo tiene su boca todavía un poco abierta, argumento irreprochable de su oficio de superior y denunciador de faltas en tiempos de santa Teresa, como reza la tradición. Nos han

enseñado así mismo la imagen de la santísima Virgen que Teresa de Jesús hizo fuese sentada en la silla prioral cuando fue ella nombrada Priora.- ¿Y nada más? Me dicen Vds.- Nada más. Pero ¿qué más necesitábamos, si todo el convento es el más precioso relicario de Teresa? ¿Qué más nos habrían de sacar si allí todo son reliquias suyas? Figúrense Vds. que ya en la portería interior se halla una imagen devotísima de Jesús atado en la columna que la Santa hizo pintar de la misma madera con que el Señor se le había representado después de haber tenido ella una conversación con cierta persona no del todo agradable a Su Divina Majestad, como ella cuenta en su **Vida**. Allí mismo donde hablábamos con las Religiosas, esto es, en el segundo locutorio de abajo, tuvo también la Santa otra visión espantosa. Pero el locutorio que más nos ha interesado es el tercero, que mandó construir la Santa para su despacho durante el tiempo que fue priora. Allí fue donde la Santa era consultada, o a su vez consultaba a san Juan de la Cruz, san Pedro de Alcántara, san Francisco de Borja, y tantos otros varones insignes en virtud y santidad. En este mismo locutorio fue donde estando la Santa Madre platicando con san Juan de la Cruz sobre el misterio de la santa y adorable Trinidad, enardecidos de amor sus espíritus, se arrojaron ambos a dos, siendo de ella testigo presencial la hermana Beatriz de Jesús, sobrina de la Santa. Estando aquella a la sazón de portera, fue a pedir una licencia a su tía, a quien encontró elevada de rodillas y asida de la reja, viendo fuera al extático san Juan elevado hasta el techo. He querido yo también tener la dicha de asirme de aquella misma reja, y... si no ha subido mi cuerpo, se ha elevado mi pensamiento a la consideración de los soberanos éxtasis de Teresa. ¡Algo es algo!

En mi anterior creo les decía a Vds. que el primer día fuimos a decir misa a las **Madres**, o lo que es igual, al convento de San José, primero de la Descalcez carmelitana. Pero después hemos estado allí varias veces, viendo y enterándonos de todo lo que hay allí visible, y hablando con las Religiosas. Aquí tenemos la piedra angular de la Reforma carmelitana (dijimos); este es el más glorioso trofeo que consiguió santa Teresa, a pesar de obstáculos que parecían insuperables, y contra enemigos que dijéranse invencibles.

Antes de entrar en la iglesia, nos llamó ya la atención su bella fachada de sillares de piedra blanca, adornada con un nicho en que se ven dos estatuas de mármol blanco trabajadas con la mayor delicadeza. La una es de san José que, con blanda y amorosa mirada, contempla embelesado a Jesús, que en la forma de un precioso niño y llevando una sierra en la mano, parece hablar a su padre putativo. La fábrica de la iglesia es sólida y hermosa, siendo obra del célebre Francisco Mora, discípulo de Juan de Herrera. Está adornada de seis buenas capillas que contienen varios sepulcros, entre otros el de D. Lorenzo de Cepeda, hermano de la Santa. Fuera del pórtico y al lado derecho de la iglesia, está la capillita que ahora es de san Pablo, edificada por el grande y virtuoso amigo de la Santa, D. Francisco Salcedo, a quien ella solía llamar el caballero santo, y a quien dirigió cartas donde se pueden ir a buscar el gracejo puro y delicado, y la santa jovialidad del espíritu, si se pierden. En este mismo sitio estuvo la pequeña y primitiva iglesia construida por santa Teresa, y como si quisiera recordar todos los días época tan memorable, sobre la espadaña de la capilla aparece y hemos oído tocar la pequeña campana con que inauguró esta primera fundación. Tiene la capilla tres altares con sus respectivos lienzos. El del altar mayor representa a san Pablo, el de la derecha a santa Teresa, y el de la izquierda a san Pedro de Alcántara en actitud de confesar a la Santa. Aquí fue donde la Santa devolvió la vida a un sobrinito suyo que travesando por allí cuando se hacían las obras, cayó una pared y le cogió debajo, dejándole yerto y sin señales de vida. Lo tomó su santa tía, lo juntó a su rostro como Elías, y enseguida lo devuelve a su llorosa madre, diciéndole: **Tome a su hijo vivo y sano, que ya estaba tan acongojada por él.**- Hemos ido, después de esto, al locutorio a saludar a las austeras, rígidas, pero siempre amables, siempre alegres hijas de santa Teresa, que tienen la gloria de anidarse en el primer palomarcito que construyó la Santa. ¡Las hemos reconocido! ¡Son ellas mismas! Involuntariamente nos hemos acordado de aquellas palabras que la Santa dijo referentes a esta iglesia y convento, a saber, "que se llamaría iglesia de santos y que llegaría tiempo en que Dios haría en ella muchos milagros". Hemos platicado varias veces con las Religiosas, y (se lo diré a Vds. bajito) iba con temor de hablar con ellas. ¡Que notable despejo! ¡qué elevación en las cosas espirituales! Pero ¡cuán perfumado todo de esa discreción y delicadeza teresiana! Están ellas tan poseídas, tan penetradas de los escritos, vida, hechos, máximas, palabras, y espíritu de la Santa, que, francamente, habría de ir uno con cuidado para hablar con ellas de esas cosas, a no descubrir en ellas toda esa virtud, indulgencia y buen humor que tanto atraen, y provocan toda la espontaneidad del corazón. Mi reverendo compañero hubo de decirles, metidos en conversación y hablando de la Santa: "Madres: ¡qué envidia les tengo por habitar **en la iglesia de los santos**, como llamó el Señor a esta santa casa! ¡Oh! ¡cuántas santas Teresas saldrán

de entre ustedes!” ¡Ay, qué dijiste! Todas cuántas han hablado han dicho que era imposible.- ¿Por qué? – Porque el Señor, después de haber formado a santa Teresa, rompió el molde para que no saliese ya otra, nos dijeron. Ha habido aquí sus réplicas, sus distingos, sus autoridades; pero nosotros nos hemos encastillado en que el modelo, el tipo sublime de nuestra perfección es nada menos que nuestro Padre celestial. **Estote perfecti sicut Pater noster coelestis perfectus est.** A pesar de eso, yo no sé quién ha vencido a quién; pero sí les diré que sus argumentos, hijos todos de su profunda humildad y del amor grande y veneración profunda que les merece su santa Madre, han servido cuando menos para mostrarnos a nosotros los subidos quilates de perfección que atesoran las hijas de la incomparable Teresa.- Luego nos han sacado por el torno algunas reliquias de la Santa, a saber, la clavícula de su brazo derecho, puesta en un relicario; una correa con que ella se ció; un paño manchado de vómito, y los dos tomos de los Morales de San Gregorio sobre Job, que se conoce usaba mucho la Santa, pues se ve en la margen de muchas páginas abundancia de llamadas y notas, hechas de su propia letra. Nos hemos entretenido bastante en leer las observaciones de la Santa y los párrafos del libro a que aquellas se refieren, y fácil cosa les será imaginarse qué fruición tan pura experimentarían nuestras almas al sorprender de este modo las impresiones que hacía en el ánimo de la Santa la lectura de aquellas páginas. Mucho nos hemos también holgado en hojear y leer a trechos otro libro inapreciable. Sé que Vds. han leído y leen con dulce embeleso aquellas canciones místicas del alma de san Juan de la Cruz, donde a través de las más espléndidas y espontáneas bellezas de forma, un tan inteligente como querido amigo nuestro nos ayudaba a descubrir la inefable poesía de sentimiento que allí se esconde. Pues bien: nosotros hemos también leído a esta sazón estos versos y su declaración, en prosa, pero escrito todo ¿saben ustedes? de mano del autor, con la misma letrita del Santo, que cierto es muy clara, limpia y hermosa (todo al revés de la mía). Crean Vds. que nos hemos complacido mucho de ver este ejemplar que escribió el místico poeta a petición de una de las más ilustres hijas de la gran Santa. ¡También san Juan de la Cruz se entretenía en hacer versos! Esto consuela a un amigo mío.- A través de la reja del locutorio nos han enseñado además otras reliquias de la Santa no menos apreciables. Estas son (no sé si me olvidaré de alguna): una carta de su puño; la almohada donde descansaba la cabeza, que consistía en un madero; el baño en que la pobrecita se sangraba, engastado ahora en plata; una jarra en que bebía, y finalmente (¡róanse Vds. en obsequio de la Santa!) vimos y palpamos el tambor, pitos y sonajas que usaron las Religiosas en la fiesta del día que se puso el Santísimo por primera vez en esta iglesia, que fue tal día como hoy. Les hemos rogado a las Religiosas que si nos darían una muestra, siquiera fuese pequeña, de su habilidad musical, toda vez que el día se prestaba tanto a ello. Y han sido tan buenas y tan poco melindrosas, que no será fácil nos olvidemos nunca del gusto que nos ha proporcionado una de las más graciosas escenas que renuncio a pintarles. Acompañadas de aquellos sencillos instrumentos, nos han cantado la misma letrilla que suelen cantar ese mismo día todos los años. No crean Vds. que recuerde yo la tal letrilla, pero me han dado ellas copia, y ahí va la introducción:

Venid, flores nuevas,
de este pénsil bello,
que plantó Teresa
con grandes desvelos.
En voces alegres
la dicha mostraremos
de que a nuestro Amado
hoy le poseemos.

Pero me olvidaba de hablarles del cuadro que nos han enseñado. ¡Qué cuadro! Está santa Teresa friendo unos huevos en una cocinilla, con la sartén en la mano. Pero unas Religiosas que han observado que su santa Madre está arrobada en un éxtasis al hacer esta operación, temerosas de que no derrame el aceite, pues no tienen más en el convento, van y le quieren tomar de las manos el mango de la sartén. Pero qué, ¿podrán hacerlo? Imposible. Tan apretado lo tiene en la mano. Crean Vds. que es una de las cosas que más gracia nos ha hecho. Yo pondría por título debajo de este cuadro aquellas palabras que dice la Santa: “También entre los pucheros anda el Señor”.

Por fin (que ya es hora) esta tarde, en la misma iglesia y en el mismo día en que hoy hace años se inauguró la Reforma de Nuestra Señora del Carmen, se ha instalado la Asociación de jóvenes católicas de Hijas de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús. Ha asistido este gran teresiano señor Obispo, acudiendo muchos fieles, especialmente jóvenes invitadas al efecto. La función se ha hecho como de costumbre. Se ha expuesto a su divina

Majestad, ha seguido el cuarto de hora, luego el sermón que ha hecho, como supondrán Vds., mi reverendo compañero, y finalmente han hecho las jóvenes de la junta la solemne protesta, concluyendo con la reserva. El orador les digo a Vds. que ha explotado **à merveille** las maravillosas, casi providenciales circunstancias del lugar, del tiempo, de la ocasión y demás, en que inauguraba la Asociación. Pero cuando creíamos que todo se había concluido, se ha levantado de su asiento Su Ilustrísima, quien desde lo alto del presbiterio se ha dirigido a los fieles, y principalmente a las jóvenes, en palabras ricas de unción, de sentimiento y entusiasmo. Si Vds. le hubiesen oído con qué dulce y persuasiva elocuencia ha exhortado a todas, todas las jóvenes a ingresar a la Asociación teresiana, aplicándoles aquellas hermosas palabras de los Cánticos: **¡Flores, florete et frondete in gratiam!** yo creo que se hubiesen sentido felices como nunca en pertenecer a tan hermosa Asociación. ¡Qué bellas, y sentidas, y delicadas cosas dijo, al comentar estas palabras: **¡Flores, florete!** Les ha asegurado después a las jóvenes, que consideraría como un favor, como un obsequio hasta personal el que entrasen en la Asociación, tan ardientemente suspirada por su corazón de Obispo, encargándoles la propagasen por toda la diócesis, pues Ávila debía ser la primera al tratarse de honrar a su Santa. Es ha prometido así mismo que otras veces les dirigirá la palabra, acabando por dar gracias a Dios y a la santa Madre Teresa de Jesús por el grandísimo favor que acababa de obtener con aquella instalación. ¡Oh! Al pronunciar palabras de una ternura incomparable, su corazón se ha conmovido hasta el extremo de no poder continuar hablando, y nadie ha habido que no juntase lágrimas deliciosas a las vertidas por tan cariñoso padre.

Pero acabemos ya. Mi compañero me llama para que arregle el saco de noche y no lo guarde para la madrugada (como suele suceder), pues muy de mañana tomaremos la diligencia hasta Salamanca, y desde allí, casi sin descansar, a Alba de Tormes. ¿Lo oyen Vds.? ¡A Alba de Tormes! Esta sola palabra, que repiten mis labios y saborea mi corazón, quiere ser la última de esta carta. Despidiéndome de Vds., sólo sé decirles: ¡Hasta Alba de Tormes!

J. A. y A.

LAS FLORES DEL PATRIARCA

I

“-¿A dónde, tiernas niñas,
vais tan temprano,
bulliciosas y alegres
por esos campos,
suelto el cabello
a merced de las ráfagas
del fresco viento?”

“- Nos han dicho a nosotras
que hay allá arriba
árboles muy vistosos,
flores muy lindas;
y cien guirnaldas
tejeremos nosotras
para mañana”

“- ¿Mañana es vuestra fiesta?
(decidme, niñas),
¿o es la fiesta de vuestra
dulce mamita?
¿o es vuestro padre
a quien tan cariñosas
vais a obsequiarle?”

“- Es la fiesta de todos
la de mañana,
porque grandes y chicos
a José aman;
y todo el mundo
a ofrecerle va al templo

su afecto puro”
“¿Pero quién debe amarle
como nosotras,
las hijas de Teresa,
nuestra Patrona?”
“- No cabe duda
que ella amó al Patriarca
más que ninguna”
“- Pues por eso nosotras
que a competencia
de Teresa queremos
seguir las huellas,
por eso amantes
a José le llamamos
Señor y Padre”
“Por eso presurosas
y tan temprano
nos salimos alegres
por estos campos,
buscando flores
que mañana la frente
de José adornen”
Esto dicho, se suben
a la colina,
donde almendros floridos
y florecillas
dicen temblando
¡Ay que vienen, que vienen
a despojarnos!

II

¡Hermosa mañanita
del Patriarca,
deliciosa y alegre
para las almas!
¡Cuánta dulzura
en el templo bendito
las almas gustan!
El rumor de las preces
¡cuán grato suena!
sube, sube el incienso
y se las lleva;
José entre tanto
a Jesús sonriendo
¡le da un abrazo!
Enjugad vuestro lloro,
almas dolientes,
que anegadas en olas
de amargas hieles,
entre suspiros
contáis al Patriarca
vuestros martirios.
Y vosotras, que el fuego
de un amor virgen
arder en vuestras almas
sentís ¡felices!
castas doncellas
que hacéis al Patriarca
súplicas tiernas;
Y ancianos venerables,

y bellos niños
de pecho candoroso,
tierno y sencillo,
y todos cuántos
a José pedía gracias...
¡regocijaos!
José oyó vuestras preces:
¿no le habéis visto
como piedad mostrando
se ha sonreído?
¿No adivinasteis
lo que Jesús decía
al abrazarle?
Cantad himnos de gloria,
cándidas niñas,
vosotras de Teresa
las tiernas Hijas;
cantad, repito,
al santo Patriarca
hermosos himnos.
Que fervientes y puras
suban las voces
hasta el trono que oculta
un mar de flores;
¡pénil hermoso
que de amor ha brotado
al dulce soplo!
Las luces y las flores,
la seda y oro,
incienso y armonías...
¡qué bello es todo!
pero más bello
es el amor que brota
de tantos pechos.
¡Mañana placentera
del Patriarca,
deliciosa y alegre
para las almas!
También la mía
en tu seno ha gustado
santas delicias.

J. A. y A.

HECHOS EDIFICANTES

XXVII

PLAN DE VIDA³

³ Es esta una de las flores, entre las mil que podemos escoger, que hacen brotar en los corazones de las jóvenes católicas los santos ejercicios, flores que se convierten en frutos de virtud, como nos consta en el caso presente y en otros mil. Para nuestra confusión conste que la tal María de Jesús es una jovencita de 15 años, y que está hecho y escrito todo por ella misma.

Tres son los enemigos del tiempo, a saber: La ociosidad, el mal empleo que de él se hace, y tenerlo mal distribuido. Para vencer estos tres enemigos procuraré servirme de la siguiente distribución del tiempo.

A las 5 y media me levantaré con toda presteza no teniendo pereza, porque dice un Santo que por la mañana al levantarnos hay al lado de la cama un demonio para ver si puede cogernos las primicias del día con un acto de pereza. ¡Ay! ¡qué maldad sería ésta si en lugar de ofrecer a Dios las primicias del día las diéramos al negrillo! Me levantaré, pues, y ofreceré a Jesús y a su Teresa las obras del día, y me encomendaré a María Inmaculada, al Patriarca san José, a santa Teresa de Jesús y al santo Ángel de mi guarda, para que no ofenda en este día a mi Jesús por pensamiento, palabra y obras: veré lo que he de hacer en este día para retornarles amor a Jesús y a su Teresa, y me prepararé para hacer el cuartito de hora de oración.

A las 5 y tres cuartos haré el cuartito de hora de oración, y procuraré no dejarlo ningún día: primero no daré comida al cuerpo que dejármelo, y si por desgracia me lo dejare algún día, al día siguiente haré media hora y un poco más de oración, para que no cante de mí victoria el asqueroso negrillo.

A las 6 iré a misa, haré la visita a Jesús sacramentado y a María Inmaculada, y haré la visita una vez a la semana, el día que me toca, a María y Teresa de Jesús.

A las 8 desayuno y me arreglaré para ponerme al trabajo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Me pondré al trabajo y ofreceré a Dios la faena que haya de hacer para que sea para honra y gloria suya y bien de mi alma, en unión de las intenciones de Jesús.

A las 11, media hora de lectura espiritual.

A las 11 y tres cuartos traeré examen de conciencia para ver en qué he ofendido a Dios nuestro Señor en esta mañana.

A las 12 comida y descanso hasta las 2.

A las 2 otra vez al trabajo, ofreciendo a Dios aquella faena como por la mañana.

A las 6 recreo hasta las 7.

A las 7 un ratito de meditación.

A las 8 cena.

A las 9 me iré a mi cuarto y haré un ratito de lectura espiritual, y traeré examen de mi conciencia de lo que haya ofendido a Dios en aquella tarde.

A las 10 descanso: puesta en la cama pensaré un ratito en el paso de la oración de Jesús en el Huerto, donde agonizó por nuestro amor, y después entregaré o encomendaré mi alma a Dios, y me dormiré en los brazos de Jesús, María, José y Teresa de Jesús. Amén.

Este es mi plan de vida que en cuanto pueda cumpliré todos los días de mi vida, con la ayuda de Jesús, María, José y Teresa de Jesús.

María de Jesús de Teresa

Calaceite, Ejercicios de 1875

RETIRO MENSUAL.- Día 15 de abril

Virtud

Odio al pecado.

Máxima

Mirad a vuestro Rey, que ahora le hallaréis manso: acábase ya tanta maldad. (Santa Teresa, excl. 12)

Reflexiones

¿Conoces bien, alma mía, a aquel augusto cadáver a cuyo funestísimo entierro y lúgubre sepultura asistías ayer? Sus funerales parecen los de un ilustre monarca... Su desfigurado rostro revela una hermosura que, aunque eclipsada, no podría encontrarse entre los hijos de los hombres.

¿Sabes quién es? ¿Cómo se llama? Es príncipe y Rey de la gloria, Hijo del eterno Padre, e hijo primogénito de María siempre Virgen. Se llama... es... ¡tu buen Jesús!

¡Ah! ¿Quién ha muerto a mi Jesús? ¿Quién con tanta furia y sin piedad así le quitó la vida? ¿Dónde está el cruel verdugo de mi Jesús para vengarme de él?...

Detente, alma mía, no vayas lejos a buscar al autor de este deicidio, porque... ¡qué horror! tú has muerto a Jesús: sí, tus pecados han sido la causa, el cruel verdugo de su preciosa vida.

Tu soberbia le persiguió: la intemperancia de tu carne le entregó a sus enemigos; tus impuros pensamientos taladraron su delicada cabeza; tus errados pasos y criminales acciones sujetaron a la cruz sus pies y manos; tus deseos ilícitos abrieron su amoroso pecho. Y saturado de oprobio, de dolor y de tormento, Jesús espiró por ti en una cruz; sí, murió para que tú vivas.

¡Ay pobre Jesús mío! ¿Tanto os costó mi pecado? ¿Con que tu muerte afrentosa es obra mía? ¡Y has querido morir perdonándome, para que yo viva y me enmiende! ¡Oh piedad tan sin medida!

No, no será ya mi alma quien con nuevas culpas os vuelva a la cruz y a la muerte. Culpa indigna que has robado la vida a mi Jesús; yo te detesto para siempre, para siempre.

Ramillote espiritual

Al dar el reloj repetiré tres veces con resuelto corazón: "Viva Jesús: muera el pecado".

GRACIAS

Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos.

Su Santidad Pío IX.- La unidad católica en España.- Seis fundaciones Religiosas.- Propagación y perpetuidad de la Archicofradía de jóvenes católicas hijas de María y Teresa de Jesús.- Los Obispos de España.- La obra de las escuelas Dominicales.- Una nueva obra en obsequio de san José.- Cuatro vocaciones religiosas contrariadas.- Los católicos alemanes y franceses.- América.- Acierto en la elección de estado para dos almas atribuladas.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

Suma anterior Rs. 4,119'80

<i>Tortosa</i> Una madre y sus hijas católicas, hijas sumisas de la santa Iglesia y amantes del Pontificado, ruegan a la Inmaculada Concepción de María santísima por el pronto triunfo de la Iglesia, la unidad católica de España y la libertad del inmortal Pío IX	4
T. C.....	2
<i>Batea</i> D. Juan Catalá, por el Papa cautivo y pobre	20
<i>Calaceite</i> – Las jóvenes católicas hijas de María inmaculada y Teresa de Jesús, os piden a vos, Madre nuestra muy querida santa Teresa de Jesús, alcanzáis la libertad de Pío nono y la bendición del cielo a nuestra pobre y desventuada España, el descanso eterno a nuestro inolvidable Director Laporta y a vuestras hijas la perseverancia final	100
Benedicid de nuevo a vuestras hijas o bondadoso Padre nuestro Pío IX, pues os ofrecen como insignificante muestra de gratitud por haber elevado nuestra humilde Asociación a Archicofradía primaria, el pequeño óbolo con fervientes oraciones al cielo por vuestra felicidad	121
<i>Villanueva de la Jara</i> – P. de C. Descalzas, por Pío IX cautivo y pobre.....	35

Suma Rs. 4,403'80